

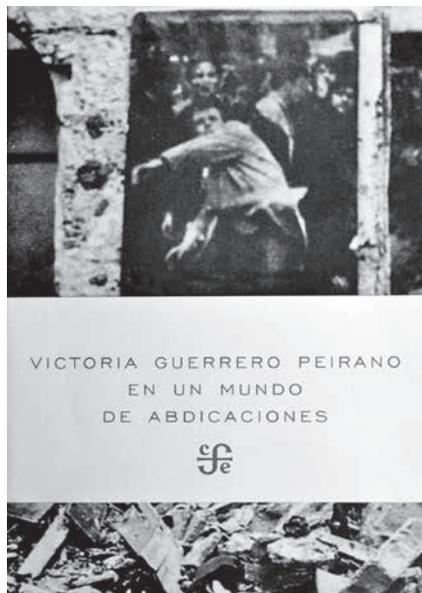
# En un mundo de abdicaciones

LUIS FERNANDO CHUECA

La poesía peruana de los 90 tiene el signo de la multiplicidad: lo que he llamado «consagración de lo diverso», que daba por cancelada la hegemonía de lo conversacional de las décadas anteriores y abría variados caminos transitables sin mala conciencia. Pero esa apertura, en que todos los registros parecían posibles, puede verse también casi como un sálvese quien pueda. Si en los 80, violencias y precariedades daban a la poesía cierta condición agónica, en los 90, en medio de la «pacificación» encabezada por la dictadura fujimorista y la consolidación neoliberal, se vivía miedo, incertidumbre y desmovilización. La poesía se alejaba de los riesgos y –desarticulados los espacios para la crítica, disueltos los colectivos y desaparecidas muchas librerías– expresaba su desconcierto. Así, la diversidad, que incluía indagaciones sobre el silencio, búsquedas formalistas, lenguajes «despolitizados», apelación a lo privado, desrealización y exploraciones de escenografías urbanas de descomposición social, daba cuenta de los modos en que los poetas afrontaban las circunstancias que los rodearon.

Pero no se trató de un tiempo muerto, como algunos afirman. En medio de la confusión, varios jóvenes poetas (M. Álvarez, Rodríguez-Gaona, Ildefonso, Echarri, Yrigoyen, ...) entregaron trabajos importantes que ayudan a discutir la imagen de una promoción echada a perder. Y esta discusión se refuerza observando lo ocurrido al terminar la década, cuando la incertidumbre predominante se transformó en atención a los desafíos de los nuevos tiempos: confrontación con el presente, memoria, necesidad de voces y lenguajes que inquieten lo apacible y ofrezcan aristas nuevas. Es aquí donde podemos ubicar lo más importante de la poesía de Victoria Guerrero (Lima, 1971) y, ahora, *En un mundo de abdicaciones*.

Guerrero ha entregado una de las obras más sólidas y estremecedoras de las últimas promociones. Aludo, sobre todo, además del nuevo libro, a *El mar, ese oscuro porvenir* (2002), *Ya nadie incendia el mundo* (2005), *Berlín* (2011), *Cuadernos de quimioterapia (Contra la poesía)* (2012). En ellos observamos marcada atención al universo familiar, a la enfermedad como concreción y síntoma, a la medicina como dispositivo de normalización, a los (des)encuentros amorosos, al arrasamiento de la utopía y a la desesperada voluntad de sostenerla, a la politización del cuerpo, a la voz de mujer como lugar de enunciación y a la escritura en batalla contra todo facilismo. Salvo la nueva entrega,



## En un mundo de abdicaciones

Victoria Guerrero  
Fondo de Cultura Económica  
Lima, 2016  
122 pp.

dicho libros fueron reunidos en *Documentos de barbarie (poesía 2002-2012)* (2013): un proyecto de diez años de escritura hendida a pulso y fuego –al que se suma el nuevo libro– en que se atraviesan fronteras discursivas, se transgrede el apaciguado escenario que espera productos de fácil transacción y se ponen en crisis el lenguaje, sus posibilidades y responsabilidades. Se apuesta por la incomodidad.

*En un mundo de abdicaciones* está dividido en dos secciones: «Un arte de la pobreza» y «Un arte de la incomplicencia». La primera es un nuevo poemario de Victoria. La segunda, una muestra de su poesía anterior, principalmente la aparecida desde el 2000: textos de filiación vanguardista (montajes, planos diversos, líneas paralelas que se retroalimentan para configurar los sentidos de los textos) en que no solo lo privado es político; el cuerpo es la nación, el individuo lleva a cuestras las fronteras de un mundo que habla engañosamente de libre tránsito y la enfermedad permite mirar críticamente las biopolíticas que disciplinan cuerpos y deseos en nombre del consumo y el acomodamiento.

«Un arte de la pobreza» no se aleja de lo dicho, pero apuesta por registros y estructuras menos experimentales. La mayor parquedad

y sequedad parecen conducir al anuncio de «Hacerse dura a través del verso / Hacer del verso una dureza» (p. 55), y en ese despojamiento radica la principal diferencia entre los dos momentos, que persisten en lo indesligable de vida & poesía. Es posible, empero, imaginar un tránsito desde aquel hacia este nuevo lenguaje, que justifique plenamente ambas secciones en el mismo volumen, más allá del provecho del lector. Así, en *Cuadernos de quimioterapia (contra la poesía)* empieza la vía de un despojamiento que alcanza nueva contundencia en «Un arte de la pobreza».

Allí leemos «la poesía ha muerto», a veces como declaración de la hablante, otras como algo oído con insistencia, pues parece tratarse de una de las abdicaciones anunciadas por el título y que este libro registra como herida. Pero a la vez confronta. Por eso las bodas celebradas son la de *la poeta*, sujeto y hablante de los poemas, y la poesía. Esa poesía dura, cortante y corrosiva. Quizá por ello al final de la primera sección encontramos el fragmentario texto «ESCOMBROS», cuyo título, en grandes mayúsculas, está tachado. Surge de ello una doble lectura. Primera: incluso la palabra es un escombros (doble escombros, entonces: pura pérdida). Segunda: tachar *escombros* es una forma de negar tal condición como definitiva: a pesar de que la hablante dice: «Salí a la calle a tomarla por asalto, / Quise abrazarla o incendiarla / Nada de eso ha sido posible» (p. 59). Y recuerda que su madre, figura constante en los poemarios anteriores, decía: «Nunca / Agaches / La cabeza» (p. 59). Hay escombros, entonces, podría pensarse, pero son las bases para afirmar –como se hace en alguna página y en el poema visual que separa (y une) los dos bloques del libro– que «la poesía es el gran saldo del capital» (p. 35). Lo que todavía queda, quizá lo único que puede escapar y corroer la tentación de la complacencia y de las abdicaciones de estos tiempos.

En este mundo, quizás solo *un arte de la pobreza*, precario y consciente de sus debilidades puede significar, todavía, una fuerza que empuja, pues, como dice Benjamin: «Solo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza». De eso se trata: en un mundo de abdicaciones, solo una poesía amarrada terca-mente a la vida, que se reconoce casi incapaz o insuficiente, puede dar cuenta de la palabra, el tono y el ritmo necesarios. De la palabra que todavía no es posible articular, y de que hacerlo sigue siendo imprescindible.